

Sin duda no todas las partes de tan grandiosas construcciones intelectuales son igualmente sólidas, amplias y generosas, antes hay que confesar que la base ó círculo en que se levantan estos monumentos del humano saber es en ocasiones muy estrecha, no por razón de la estrechez de los entendimientos que los concibieren, sino por lo reducido que era entonces el campo de la investigación científica, falto de la observación y experimentación necesaria. Pero en lo que tomaron á su cargo investigar aquellos ingenios, nadie seguramente se ha adelantado á ellos, nadie ha llevado más allá el análisis de las ideas, nadie ha lanzado mirada más penetrativa en los problemas metafísicos, como nadie los ha resuelto con más claridad ni con audacia más generosa.

A la eminencia y soberanía de estos ingenios, más que al poder de las armas y á la habilidad de las negociaciones diplomáticas, debió España su preponderancia y avasalladora influencia. Triunfantes y acompañados de los aplausos más honrosos para la naturaleza humana, los sabios españoles de aquella dichosa edad recorrían los reinos y provincias de Europa, derramando la luz de su enseñanza en casi todas las Universidades, obteniendo en ellas vítores y coronas, honrando las imprentas con sus obras inmortales y ganando para su patria una gloria no perecedera. En verdad, la grandeza política de España en aquel siglo tuvo sus enemigos y provocó odios y envidias inextinguibles; su grandeza científica é intelectual, si provocó envidia, fué la que llama Cervantes santa y bien intencionada; envidia que, para honor de nuestra naturaleza, no se ha acabado todavía, pues no hay nación que no desee haber engendrado ingenios tan famosos y que no se considere honrada con estampar de nuevo ediciones magníficas de los libros de aquellos sabios egregios.

El pueblo que producía ingenios de una grandeza intelectual

tan extraordinaria, había de ser grande intelectualmente. De él habia salido la savia que discurría por tan vastas inteligencias. El, además, no era el guiado y conducido por sus reyes, políticos, guerreros, conquistadores y varones insignes, sino él era quien guiaba y arrastraba á éstos por la senda gloriosísima que se franqueaba á los espíritus. Noble y de alentado corazón, abierto á todas las grandezas del alma, se puso al frente del movimiento político y civilizador del mundo, declarándose el defensor de la verdad católica, el baluarte de la Iglesia romana, el amparador de la dignidad de la ciencia, puesta á grave peligro por las herejías reinantes (1). Viviendo en la clara atmósfera de las ideas, colocó el fundamento de su vida intelectual, no en las vaguedades de la opinión, sino en doctrinas claras, precisas y auténticamente demostradas. Luz quería, no oscuridades ni indecisiones. Dogmas é ideas le movían, no exaltaciones de la sensibilidad ni entusiasmos irreflexivos. La fe, principio de sus creencias y de las relaciones del alma con el Criador, era, no aquella fe vagarosa é indeterminada, hija del instinto y del sentimiento, que, nacida allá entre las nieblas de Alemania, extraviaba entonces á otros pueblos y naciones, sino la que se apoya en textos y dogmas bien definidos y cuya existencia puede ser demostrada por principios claros y con argumentos incontrastables.

Para poner de esto un caso particular pero muy digno de atención vemos que santa Teresa, ejemplar sin duda alguna el más hermoso y auténtico de la piedad española, buscaba, no devotos entusiastas que exaltasen su sensibilidad y fomentasen

(1) Son notorias las invectivas de Lutero contra la ciencia y contra las fuerzas naturales de la razón y contra los fueros de la libertad humana. Sobre los deplorables efectos producidos por sus predicaciones en la cultura general de Alemania pueden consultarse las obras históricas de Audin, Gretser, Janssens y otros.

los encendimientos de su corazón, sino teólogos eminentes que iluminasen el espíritu con su enseñanza, que la asegurasen de la bondad de sus propósitos y querer y que le mostrasen los peligros que podía encontrar en los misteriosos caminos que llevan nuestra alma á Dios. «Son gran cosa letras, decía (1), para dar en todo luz», y una y otra vez encargaba á sus religiosas que ante todo buscasen hombres doctos, *letrados* como los llamaba, para la dirección de sus almas.

Con tal formación ó educación intelectual, entiéndese la alteza de los pensamientos, la firmeza de las convicciones y la forma y tendencia que los españoles del siglo XVI hubieron de imprimir á las especulaciones de la mente, y sobre todo á su filosofía, á su literatura, á su lenguaje y á su estilo. Viviendo la inteligencia del pueblo español en una esfera brillantísima de luz y de sabiduría, había necesariamente de reverberarla en todas sus producciones. Persuadido de que la verdad es cosa santa y reflejo de la majestad divina, la buscaba en sus pensamientos y palabras, así, como, hablando en general, la buscaba en sus obras. El entendimiento veía claro y rebosaba de evidencia, y la revertía naturalmente sobre las cosas á que se aplicaba. Era un foco de luz y quería comunicarla hacia fuera y clarificarlo y hermosearlo todo; y purificados y acendrados y ennoblecidos los conceptos, procuraba reflejar sobre las palabras en que iban envueltos el lustre que les venía de lo más íntimo de su ser y de lo más hondo de su naturaleza.

El deseo de traspasar esta claridad instintiva del pensa-

(1) En el *Camino de la perfección*, cap. V.—Esta idea es una de las que ocurren con más frecuencia en los escritos de Santa Teresa. En una carta escrita á la Priora de Sevilla le encarga que, cuando hubiere de comunicar algo, se deje de maestros de espíritu y busque grandes letrados, que «éstos, dice, me han sacado de muchos trabajos».

miento á las dicciones y á todo el discurso de la oración es la cualidad que más distingue á los escritores de aquel tiempo. El amor de la verdad es su guía, el inspirador de sus ideas y el que compone, ordena y metrifica sus palabras y sus frases y expresiones. Todo en sus libros se subordina á esta verdad. Muévense las ideas con orden tranquilo y apacible; el estilo corre limpio y sereno, sucediéndose unos conceptos á otros sin violencia ni esfuerzo, cual las ondulaciones de una fuente en cuya tersa superficie se retratan las luces del cielo y en cuyo fondo se ven las más menudas piedrezuelas. Allí no hay palabras superfluas y baldías, puestas no más que para dar pompa y boato al estilo. La imagen no ahoga á la idea, sino que la realza y embellece. Los epítetos son propios y convenientes; las metáforas y figuras como nacidas con los objetos que quieren ennoblecer; todo el andar de la frase es sencillo, espontáneo y natural. «Todo el bien hablar castellano, decía Juan de Valdés (1), consiste en que digáis lo que queréis con las menos palabras que pudiéredes, de tal manera que explicando bien el concepto de vuestro animo y dando á entender lo que queréis decir, de las palabras que pusiéredes en una cláusula ó razón no se pueda quitar ninguna sin ofender, ó á la sentencia d'ella, ó al encarecimiento, ó á la elegancia.» De un famoso predicador de su tiempo dicen que solía decir el Rey D. Felipe II: «Este hombre no tiene más que un vocablo para cada cosa; pero este vocablo es el propio». Hermosa frase que resume todo el arte del hablar y del escribir.

Por maravilla, sobre todo en asuntos filosóficos ó teológicos, se hallan en aquellos escritos pensamientos falsos ó capciosos, paralogismos dialécticos tan comunes en escritores en quienes la falta de reflexión oscurece la inteligencia. Hombres

(1) *Diálogo de la lengua*.

de convicciones firmes y asentadas no dan lugar á vacilaciones propias de entendimientos mal seguros de sí mismos. Adiestrados en los procedimientos dialécticos están muy pertrechados contra los sofismas de la imaginación y las ofuscaciones del sentimiento. Así, su estilo, si por una parte tiene la claridad y el resplandor del cristal, por otra tiene la dureza del bronce y del acero.

Y esta sinceridad y candor de lenguaje no son propios únicamente de teólogos ó filósofos que habían pasado su vida entre el polvo de los libros y el alboroto del disputar de las Universidades. La claridad y elegancia de luz, el pensar alto y profundo, el estilo claro, nervioso y robusto, es común á todos los escritores de aquel tiempo, y aun mujeres cuya librería estaba reducida á unas pocas obras de romance, escriben con tal precisión y propiedad de palabras, aun sobre cosas altísimas, que espanta hoy á hombres muy versados en las especulaciones de la ciencia.

- «¿Para qué quieren que escriba? decía Santa Teresa al padre Gracián cuando la instaba éste á que escribiese el libro de *Las mbradas*. Escriban los letrados que han estudiado; que yo soy una tonta y no sabré lo que me digo; por amor de Dios que me dejen hilar mi rueca y seguir mi coro y oficios de mi religión, que no soy para escribir ni tengo cabeza para ello.» Esto decía la Santa bendita; mas puesta á escribir, supo hacerlo tan bien que no solamente demostró que no era una tonta, sino tan discreta y de tan buena cabeza para escribir, que su estilo, como decía quien lo entendía muy bien, el maestro Fr. Luis de León, era *la misma elegancia* y su lenguaje tan puro y hermoso que, al decir del P. Gracián, «muchos letrados no acertaran á decir una cláusula tan rodada y bien dicha como ella la dice, aunque borren y enmienden mil veces».

Y la razón de esto es porque, si no habían frecuentado las

aulas, ni sabían nada de las categorías de Aristóteles, ni sospechaban que hubiese análisis de conceptos ni figuras silogísticas, además de poseer la lucidez de entendimiento propia de nuestra raza, escuchaban de continuo á varones doctísimos que con la claridad de su enseñanza ilustraban á maravilla sus inteligencias; vivían en dichosa familiaridad con las ideas nobles y generosas; se nutrían de la médula del león, que con tanta abundancia les ofrecían aquellos insignes maestros. Las grandes Universidades, que estaban á la sazón en su punto más elevado de auge y esplendor, los colegios y fundaciones científicas, los conventos y monasterios religiosos y otras instituciones análogas, encerraban varones doctísimos, la flor intelectual de España, que amaestrados en los legítimos procedimientos dialécticos, apuraban, aquilataban y acendrabán las ideas, las cuales esparcían luego en la cátedra, en el púlpito, en todos los medios é instrumentos de la enseñanza para bien universal de todos. De estas instituciones surgía una corriente de luz clara y serena, que irradiando por el espacio aclaraba, fortalecía y engrandecía el pensar del pueblo español.

En verdad, los grandes teólogos de España en el siglo XVI fueron los verdaderos maestros y los legítimos formadores y educadores del pueblo español y los autores más eficaces de su engrandecimiento. La noble enseñanza que procedía de tan vigorosas inteligencias dió elevación á las ideas y temple y vigor al carácter nacional; y la eficacia de su influencia, obrando directamente en lo más íntimo del alma española, puso en alarde sus fuerzas más vivas así como sus galas más brillantes y sus más preciados tesoros. Porque es así que todos los escritores de aquella edad merecen alta estima, no habiendo uno siquiera, por oscuro que sea, en quien no resplandezcan grandes riquezas de estilo y bellezas de lenguaje que hoy día, cuanto más las

estudiamos, nos ponen en admiración; en los historiadores maravilla la dicción severa, majestuosa, llena de energía y gravedad; en los novelistas asombra la naturalidad en la pintura de los caracteres, la viveza de las descripciones, la soltura y buena gracia del diálogo; en los dramáticos hay una flexibilidad y riqueza de palabras que no tiene igual en ninguna lengua; en los poetas, y en especial en aquel poeta sin nombre y que no fué menos que todo el pueblo español, autor del prodigioso *Romancero*, hay tal mina de frases galanas y graciosísimos modos de decir, que realmente es inagotable; pero toda esta riqueza y copiosidad de lenguaje es muy insuficiente á dar idea de los tesoros que encierra nuestra habla si no se buscan y estudian en los filósofos y teólogos y más especialmente en los llamados ascéticos de aquella edad venturosa, hasta tal punto que, quien hubiese profundizado en el estudio de aquellos autores y admirado en ellos el vigor, la copia, la majestad de la lengua castellana, muy mal conocería esta lengua si no la hubiese estudiado en los libros de los ascéticos españoles.

Las obras que estos autores escribieron son las joyas más estimadas de nuestra literatura. En ellas campea toda la soberana majestad de la lengua castellana; en ellas es donde se aprende á modelar la frase, á darle precisión y claridad, á granjearle número y armonía; en ellas es, sobre todo, donde se acostumbra uno á pensar bien, principio y fundamento del bien hablar y del bien escribir. ¡Qué savia tan vigorosa discurre por sus páginas! ¡Qué calor tan íntimo y penetrativo se siente al leerlas! ¡Qué viveza en las imágenes! ¡Qué abundancia de comparaciones! ¡Qué tropel de frases y dichos galanísimos se levantan al contacto de las plumas de estos escritores admirables! Las palabras más sencillas adquieren en ellos una especie de iluminación sobrenatural que esclarece prodigiosamente la inteligencia y la levanta y sublima. Sus frases des-

piertan en el alma ideas y emociones que jamás experimentaron Sócrates ni Platón ni cuantos alzaron sus entendimientos á la contemplación de los misterios divinos. Conócese al leerlos que su inspiración les viene de una región más alta que el Parnaso y de una fuente de aguas vivas más vigorosas que las de Aretusa é Hipocrene. Guía y mueve sus plumas, no el arte ó impulso humano, ni siquiera aquel sagrado instinto ó furor que, al decir de Platón, había de arrebatarse y sacar fuera de sí al poeta si había de producir obras grandes y hermosas, sino un aliento más noble y un como delirio ó transportamiento divino que, lanzándose en ellos, los llena del espíritu de Dios y aviva su fantasía y penetra y transforma sus ingenios de manera que las palabras que salen de sus plumas despiden resplandores que todo lo iluminan, y centellean y levantan llamas por donde quiera que pasan. En verdad, es tal su lenguaje, que á veces no parece de hombres, sino de ángeles, de suerte que en estos escritores se verifica la sospecha de Platón (1) de que «en el lenguaje humano hay palabras tan admirables y hermosas que solamente Dios pudo enseñarlas y revelarlas á los hombres». Á la luz de estas palabras parece que los misterios divinos pierden algo de su oscuridad, y que la majestad terrible de Dios se acerca á nosotros y se nos avecina y humana y como que la vemos en aquellos libros destellando rayos de su claridad y avivándola con su augusta presencia; por manera que si delante de una estatua hermosa Sócrates adoraba la Hermosura, en presencia del espíritu que anima el estilo y el lenguaje de nuestros místicos el hombre adora y se prosterna ante la Divinidad, que vive y resplandece en sus prodigiosos escritos.

¡Ah! Gloríese Grecia con Platón, Proclo y Plotino. Ufánese

(1) En el diálogo *Cratilo*, n. XV

Roma con Séneca y Marco Tulio. Envanézcanse las modernas literaturas con Bossuet y Fenelón, con Bártoli y Ségneri, con Herder y Schelling; que los españoles, sin negar el mérito de estos autores y la alteza de sus escritos, reservaremos nuestros amores y el entusiasmo de nuestro corazón para nuestros grandes escritores ascéticos, para Avila y Granada, Fray Luis de León, Alonso Rodríguez, Fr. Juan de los Angeles, San Juan de la Cruz y otros ciento; y sobre todos estos entendimientos sublimes, y sobre todos cuantos en todas las lenguas y naciones y literaturas del mundo han escrito de Dios, de sus perfecciones inefables y de sus misericordias para con el hombre, colocaremos á aquella ilustre avilesa, honor eterno de España y gloria perdurable de su sexo, que más que nadie alcanzó de tan sagrados misterios y que supo declararlos con mayor hermosura, sublimidad y dulcedumbre de estilo.

II

Mas el principio de vida que anima el lenguaje de estos escritores trasciende de tal manera los medios que la naturaleza ha puesto en nuestras manos para la declaración de los pensamientos, que no es posible juzgar de ellos por las reglas que nos guían ordinariamente en el juicio que formamos sobre los demás libros ó escritos. Así, dejando aparte estos autores y volviendo á la forma del lenguaje tal como lo sugiere ó inspira la fuerza natural de la inteligencia, es necesario convenir en que la claridad de las ideas, aunque sea fundamento de la propiedad y pureza de una lengua, no basta á darle toda la eficacia de que es capaz.

No hay duda de que la palabra está estrechísimamente relacionada con la idea; pero fácilmente se concederá que no es la

idea misma, ni aun su exacta representación ó imagen. Es una forma extrínseca y material de que nos servimos para expresar el concepto formado en lo más hondo y retirado de la mente; pero que no lo representa en toda su exactitud y realidad, antes le es tan desemejante y apartado como lo es el cuerpo del alma y la materia del espíritu. La idea es enteramente inmaterial é insensible: la forma es sensible y material; aquélla habla y se revela á la inteligencia: ésta se manifiesta y descubre á la actividad de los sentidos; aquélla resplandece con la claridad y evidencia de lo que es puramente inteligible: ésta anda siempre revuelta con las nieblas y oscuridades de la materia, y aunque más se eleve, transforme y transfigure, nunca llega á hermostearse con los resplandores con que se iluminan los conceptos del alma. Así no es de maravillar que las ideas que vienen ó pueden venir á nuestra mente sean innumerables, mientras que las palabras que usamos para declararlas están contenidas en una cantidad determinada de sonidos, inventados para el uso de la humana sociedad, sonidos ó formas expresivas que nosotros hallamos ya hechas, y á las cuales, por fuerza ó de grado, hemos de conformarnos, si queremos vivir y conversar con nuestros semejantes. Por esto cualquiera lengua, aun la más rica, es muy pobre é imperfecta, si se compara con la abundancia de ideas que surgen en nuestro espíritu; es á manera de un instrumento que sólo puede dar un número limitado de sonidos, los cuales, por muchas que sean las combinaciones á que se presten, siempre serán insuficientes á expresar las notas ó modulaciones innumerables que excita en nosotros la fuerza de la mente, movida por el espectáculo del universo.

De esta desproporción entre nuestras ideas y los medios de declararlas, nace la dificultad del lenguaje y del estilo, dificultad que tal vez sea la mayor que ofrece el arte en los varios campos ó regiones donde desenvuelve su actividad. A fin de suplir tal